

tienen alma y se callan. Son realmente objetos y su función es la de ser escalas en el ascenso del filósofo hacia la contemplación de las esencias».

Ese dualismo platónico fue atenuado por el cristianismo ya que la herencia judaica no despreció el cuerpo, pero tampoco puede decirse que lo exaltara. Paz recuerda las leyendas incestuosas y pasionales del Antiguo testamento y, sobre todo, la encarnación de Dios en Cristo, la gran atenuación de la influencia platónica. La relación sin duda ha sido ambigua: en el Barroco, al tiempo que Lope escribe poemas en los que exalta el amor carnal, («y a lo que es temporal llamar eterno») la religión oficial condena al cuerpo como pudridero. El mismo San Juan es una prueba de esta paradoja: en sus poemas hay sensualidad; en su vida, mortificación del cuerpo. La vengaza de ese cuerpo mortificado se revela al parecer en el *Cántico* erotizando el amor divino.

«El amor ha sido y es la gran subversión de Occidente», porque niega la propia soberanía y exalta la existencia del otro. Frente al detrimento del cuerpo en beneficio del alma, desde sus orígenes el amor ha ennoblecido el cuerpo, ha acentuado la carnalidad del deseo: un cuerpo «que se vuelve voz, sentido; el alma es corporal. Todo amor es eucaristía».

Ahora bien, el diagnóstico de Paz, en este libro lleno de matizaciones, de luces y sombras, es pesimista: Su pensamiento, que puede rastrearse en muchos ensayos a lo largo de estos últimos treinta años, es que si bien el amor ha ennoblecido el cuerpo ahora asistimos a una operación de simetría inversa al platonismo: la negación del alma reduce «el espíritu humano a un reflejo de las funciones corporales». «El ocaso de nuestra imagen del amor sería una catástrofe mayor que el derrumbe de nuestros sistemas económicos y políticos: sería el fin de nuestra civilización. O sea: de nuestra manera de sentir y vivir». Paz dice estas palabras pensando quizá en la capacidad que todavía pueda tener el amor —entendido como él lo expone y como podemos verlo en ocasiones tanto en la literatura como en algunos de nuestros vecinos— de transformar nuestras miserias. Porque, al fin y al cabo, desde el siglo XII, la historia de Occidente ha sido (¿cómo decirlo?) atractiva, interesante, apasionante, y lamentable: está llena de ignominias, tanto en las relaciones de «plaza» como de «alcoba», por emplear dos términos de Paz. Nuestro lamentable siglo ¿es peor o mejor que el XVIII y el XIX?. Creo que Paz hace un diagnóstico teniendo en cuenta las consecuencias de una inclinación: lo que viene puede ser peor. Pero por otro lado, nunca el sujeto ha tenido tantos derechos, por ser lo que es, sujeto irreductible. Es verdad que la persona quizás sea más una figura jurídica que una realidad inquietante, capaz de provocar nuestra sensibilidad, y esto debe alarmarnos, es alarmante; pero en ningún momento de nuestra historia el hombre y la mujer han tenido esa condi-

ción sin la cual, como lo expone Paz, el amor es irrealizable, la libertad, la libertad para poder aceptar la fatalidad de una pasión. También es verdad que, como crítica con justeza, hemos hecho de nuestra libertad erótica una producción en cadena, un momento de la circularidad del mercado. «El capitalismo ha convertido a Eros en un empleado de Mammon». Aquí, el poeta mexicano, abre un espacio que todo intelectual serio ha de recoger y pensar.

«Hay una conexión íntima y casual, necesaria, entre las nociones de alma, persona, derechos humanos y amor». La de alma es una noción caduca, ciertamente, y pocos la emplean sin sonrojarse. Si el «caso de la noción de persona en nuestras sociedades ha sido el principal responsable de los desastres políticos del siglo XX», hay que señalar que los dos mayores desastres fueron el comunismo y el nazismo, dos perversiones del sentimiento religioso encarnados en la razón el primero, en la fuerza el segundo. El nazismo murió drásticamente; el comunismo, en Europa y América (salvo en la agonizante Cuba) ha desaparecido a causa de sus propias contradicciones. Aunque las reivindicaciones de las minorías en nuestras democracias son un síntoma de salud, el diagnóstico de Paz que he citado me parece más evidente, y lo aplico por mi cuenta: sin una íntima vivencia de la noción de persona, esas reivindicaciones se convierten no en búsqueda sino en diferencia irreconciliable, que podemos en el mejor de los casos *tolerar*. No es lo mismo conocer que reconocer, en el sentido en que se reconocen unos derechos, obligaciones, etc. Nuestro tiempo, es verdad, tolera y reconoce, en el sentido jurídico, político; pero esta aceptación legal ha de ser también, para que sea verdadera, un *reconocimiento*, un caer en la cuenta. El verdadero conocimiento tal vez sea volver a conocer, en nosotros mismos. Nuestra relación con la naturaleza, es semejante. Paz señaló en *La otra voz* que aplicarle unos derechos a la naturaleza (conservación del medio ambiente, protección de parques naturales, vigilancia y depuración de los vertidos químicos, etc.) no solucionará del todo el problema mientras no reconozcamos en nosotros la causa más profunda que debe llevarnos a proteger la naturaleza: no es distinta de nosotros mismos. El peligro es oír a la naturaleza como si se tratara de las proclamas de nuestros políticos en plenas elecciones y al erotismo como a un spot publicitario o una mera, aunque importante, defensa de sectores, asociaciones, etc.

«Nuestra pena es la historia», dice Paz en algún poema, y ser tiempo nuestra condena. Somos tiempo, y el tiempo se dice y desdice todo el tiempo. Luchamos con la historia (con los otros y sus instituciones) para defender y defendernos de las imposiciones que nos llevan a vivir vidas que no son las nuestras, vidas enajenadas. Las luchas por resolver esa

escisión que nos divide y nos convierte en extraños, es la de ser dueños de nuestras elecciones, sólo que la mayoría de las veces el sujeto ha sido engullido en nombre del bien común, de la idea, del Estado o de otras abstracciones que hipotecan al beneficiario y lo convierten en víctima de algo que está más allá de él. La historia no iba con él. Pensando en la idea de la escisión, Paz comenta a Hegel y observa que tal vez fue un error del filósofo alemán y de sus discípulos buscar una solución histórica a la desdichas de la historia. En esto sigue al que fuera gran amigo suyo, al filósofo Kostas Papaioannou, quien alertó sobre el error de demandar a la historia las respuestas que la antigua sabiduría no podía ya aportar. No es apoliticismo, ni mucho menos, sino que, vistos los desastres que esta sacralización de la historia ha causado, sería bueno «*relativizar* nuestra conciencia histórica»¹⁵. No es que no debamos buscar y luchar por resolver nuestros problemas políticos, sino que hay algo que no se resuelve jurídicamente. «La escisión no se cura con el tiempo sino con algo o alguien que sea no tiempo». El tiempo se abre y vemos el otro lado. Esa experiencia no es prioritaria del amor, pero en él es más real porque ese otro lado es, paradójicamente, *alguien*. Paz cita al joven Hegel: «el amor excluye todas las oposiciones y de ahí que escape al dominio de la razón». Paz responde que es unificación de los contrarios, vida y muerte pactan. No es una resolución de la muerte, sino una inclusión de la misma. Una vivificación trágica.

Su lectura de la desaparición del diálogo cuerpo y alma en el mundo moderno, o cuerpo no-cuerpo —nociones que empleó en *Conjunciones y disyunciones*, como ya he recordado— las observa también en las teorías últimas de la ciencia. Si el alma se había vuelto corpórea, la ciencia nos dice que la materia es insustancial, o bien que la persona podrá, quizá, ser sustituida (inteligencia artificial), es decir que se vuelve, teóricamente al menos, un momento de la producción, un mecanismo. Debemos volver, argumenta, a hacernos las preguntas que se hicieron al comienzo de la modernidad, hay que retomar las grandes preguntas, sobre el fin y el comienzo, es necesaria junto a la crítica de una sociedad fascinada por las cosas, la crítica de la razón científica. Urge una regeneración política, concluye Paz, pero ésta incluye la reinención del amor. Ambas son tareas de la imaginación, una facultad que consiste tanto en inventar como descubrir. Termino estas notas con un párrafo de Paz que sitúa al amor lejos de todo uso, religioso, político o metafísico:

«el amor no es la búsqueda de la idea o la esencia; tampoco es un camino hacia un estado más allá de la idea y la no idea, el bien y el mal, el ser y el no-ser. El amor no busca nada más allá de sí mismo, ningún bien ningún premio; tampoco persigue finalidad que lo trascienda. Es indife-

¹⁵ La consécration de l'histoire, 1983.

rente a toda trascendencia: principia y acaba en él mismo. Es una atracción por un alma y un cuerpo; no una idea: una persona. Esa persona es única y está dotada de libertad; para poseerla el amante tiene que ganar su voluntad. Posesión y entrega son actos recíprocos».

Juan Malpartida



Mariano Fortuny:
Odalisca (ca. 1862)